

***Solferino 21: Warfare, Civilians and Humanitarians in the Twenty-First Century*, de Hugo Slim (2022), Hurst Publishers, 328 p.**

DOI: 10.17230/co-herencia.19.36.12

Luis Felipe Piedrahíta-Ramírez*

luis.piedrahita@udea.edu.co

¿Qué pensaría Henri Dunant si asistiese a las crisis humanitarias del mundo actual? Esta es la pregunta que guía el interesante proyecto desarrollado por Hugo Slim, cuyo propósito inicial de evaluar el estado actual del trabajo humanitario sobre el terreno se vio entorpecido por la crisis sanitaria global provocada por la COVID-19. A pesar de ello, el resultado es un lúcido ensayo que repasa con precisión la historia del humanitarismo durante el último siglo y medio, a la vez que advierte los retos venideros en los próximos años. Mucho ha cambiado desde la trágica experiencia de la batalla de Solferino en 1859, retratada por Dunant en su clásica memoria publicada en 1862 la cual motivó el origen de la Cruz Roja, cuyo sistema global ha crecido de manera exponencial desde entonces y ha contribuido a la elaboración y evolución del derecho de la guerra.

Slim propone tres grandes ejes de discusión para contrastar las pretensiones decimonónicas de Dunant frente a las novedades contemporáneas de la guerra y la ayuda humanitaria. Revisa las formas cambiantes del acontecer bélico desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Si bien el Derecho Internacional Humanitario contribuyó

* Profesor del
Instituto de
Filosofía de la
Universidad
de Antioquia,
Colombia.
ORCID: 0000-0003-
0801-4784

en la ardua tarea de delimitar conceptual y estratégicamente la acción de los ejércitos en las confrontaciones armadas, por lo general seguía un esquema orientado por la lógica de las grandes guerras y la primacía subjetiva de los combatientes. En décadas recientes se han producido dos giros clave que es preciso analizar: las grandes guerras convencionales son cada vez más raras, con nuevos tipos de combate y hostilidad que afectan las regulaciones tradicionales, y la acción humanitaria ya no se centra, como en la época de Dunant, en el sufrimiento de los combatientes heridos en el campo de batalla, sino en las afectaciones a los civiles. Por ello Slim se esfuerza por mostrar diez grandes tendencias o características de las guerras contemporáneas, que moldean la experiencia y los códigos operacionales de las fuerzas armadas, los civiles y los trabajadores humanitarios. A ello se suma una interesante reflexión sobre tres grandes tendencias que determinarían un dramático cambio generacional del acontecer bélico en los próximos años: la reaparición de grandes confrontaciones que se amplían a dominios insospechados (nuevos actores, nuevas estrategias y nuevos espacios), los desafíos éticos e instrumentales de una guerra determinada por novedades tecnológicas (computarización de los combates, irrupción de la inteligencia artificial y disminución de la capacidad de control agencial de responsabilidad humana), y los cambios en la concepción y gestión de los riesgos securitarios, toda vez que las guerras de nuestro siglo se enmarcan en crisis sistémicas de mayor envergadura (cambio climático, pandemias, seguridad alimentaria, urbanización poco planificada, etcétera).

La protección de los civiles está en el centro de la agenda humanitaria del siglo XXI; Slim dedica la segunda parte del texto a problematizar algunos mitos consolidados sobre la experiencia y la agencia de los civiles en las crisis actuales. Para ello echa mano de algunas hipótesis avanzadas en sus trabajos previos y las contrasta con los acontecimientos y la literatura más reciente. Especial atención merece su revisión crítica de la forma en que son manejados los datos relacionados con las crisis humanitarias; sin demeritar su gravedad, el autor insiste en que, a pesar de la creencia común, las guerras actuales producen menos muertos que las guerras del siglo XX, y que la correlación entre muertes de combatientes y muertes de civiles

suele exagerarse. Algo similar sucede con las cifras relacionadas con el desplazamiento forzado producido por las confrontaciones bélicas. Si bien son un crudo drama que requiere urgente atención, los flujos de población desplazada tienen antecedentes más graves, y la retórica humanitaria suele concentrarse en el sufrimiento de mujeres y niños, lo que invisibiliza en ocasiones el sufrimiento de los hombres. Esta incómoda conclusión está conectada con la lectura que hace Slim de parte de la literatura feminista presente en los estudios humanitarios, que si bien resalta con acierto las experiencias diferenciales de género que se viven en las guerras y otros desastres humanitarios, también ha insistido en la importancia de evitar el estereotipo que simplifica a las mujeres como víctimas, toda vez que su participación y empoderamiento en dichos contextos ha crecido de una manera exponencial, y ha desmontado la visión reduccionista y patriarcal dominante en la época de Dunant; a la vez que evidencia cómo la capacidad de resiliencia y resistencia cotidiana de las mujeres es la que ha permitido proyectar con optimismo la transformación de la experiencia política formal e informal de los más vulnerables en los contextos de guerra, pobreza y sufrimiento.

Algunas afirmaciones y conclusiones del autor pueden tomar por sorpresa al lector desprevenido. Por ello resulta clave reconocer el trasfondo de su propuesta analítica, que se nutre de su larga experiencia en la que combina la producción académica con el trabajo en distintas organizaciones y operaciones humanitarias, además de la consultoría y asesoría en la formulación de políticas de alto nivel (como jefe de Política y Diplomacia humanitaria para el Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, como asesor de grandes empresas y ONG, o como delegado del CICR ante la ONU en Nueva York). Esto podría desarmar la crítica recurrente a ciertos estudios humanitarios acusados de hablar desde el privilegio académico y el desconocimiento de los dramas de los civiles y trabajadores humanitarios sobre el terreno. Así mismo, le da fuerza y sentido a la tercera parte del texto, quizás la más provocadora y de la cual el lector extrañaría expectante un desarrollo más extenso.

Allí Slim insiste en una lección que el humanitarismo contemporáneo parece haber olvidado de la propuesta original de

Henri Dunant: que los sistemas nacionales son igual o más importantes que el complejo entramado global de la ayuda humanitaria. Nuestro autor se pregunta (a sí mismo y a sus colegas humanitarios) por los avatares y el destino inmediato del sistema humanitario mundial. Reconociendo los grandes progresos y avances logrados durante más de un siglo, Slim no pasa por alto el riesgo neocolonial de un sistema de ayuda altamente occidentalizado y cada vez más ambicioso, cuyas pretensiones de limitación de la violencia y organización de la compasión se han ampliado para promover grandes transformaciones de las sociedades y vidas individuales afectadas por las diversas crisis contemporáneas. Los trabajadores humanitarios del siglo XXI se enfrentan al dilema de la dependencia de complejas burocracias que toman decisiones desde grandes cuarteles resguardados y que se preocupan por el diseño de parámetros universales y listas de chequeo, en lugar de concentrarse en una estrategia minimalista pero funcional: “compartir el poder y asociarse mejor con las instituciones locales y nacionales para ayudar a cientos de millones de personas a mantenerse vivas como agentes de su propia supervivencia, y a ser artífices del cambio en su propia sociedad” (p. 246; mi traducción).

Escrito con elegancia y rigor, el texto de Hugo Slim es una contribución poderosa a los debates humanitarios actuales. Su apuesta por un trabajo de ayuda realista y minimalista parece adecuarse a las cambiantes exigencias que imponen las novedosas formas de combate y sufrimiento imposibles de predecir en la época de Dunant, o siquiera ya avanzado el siglo pasado. Su apuesta por la localización y el empoderamiento cotidiano coincide con recientes trabajos críticos en el área del desarrollo, la construcción de paz, las instituciones internacionales y la ayuda humanitaria. Su interpelación para que el humanitarismo global-occidental reconozca formas de trabajo multilateral para que trascienda la lógica de un sistema unitario es provocadora y, sin duda, suscitará discusiones más amplias al respecto; si el principio de humanidad subyacente “es universal, y no solo liberal”, la ayuda humanitaria debe desligarse de su impronta imperial-colonial y dejar que los ciudadanos y organizaciones locales guíen el inagotable esfuerzo de proveer ayuda a los más necesitados **C**